

## Dulces liviandades del más casto enamorado

JOSÉ FRANCISCO CONDE ORTEGA

Miguel de Cervantes Saavedra nunca nos quiso engañar. En el sabrosísimo prólogo a su novela inmortal, pleno de justa ironía y de una actualidad inquietante, declara, cediendo la voz a ese amigo "gracioso y bien entendido"<sup>1</sup> que le sirve de asidero:

Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla.<sup>2</sup>

Y éste es uno de los rasgos de la modernidad de Cervantes como novelista. Fue capaz de jugar no el punto de vista, la perspectiva y la

<sup>1</sup> Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, t. I, p. 14.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 18.

polisemia. Por eso su discurso ha provocado tanta literatura y esforzados intentos por extraerle todos sus secretos. Y, pese a todo, también abundan los buenos lectores de la novela. Agradecidos lectores —como quería Borges— que se permiten enriquecer su caudal de humanidad con cada lectura.

Dentro de esta posibilidad de enfrentar diversos niveles de apreciación dentro del discurso cervantino, los capítulos que se refieren a la estancia del Caballero de la Triste Figura en el castillo de los duques, en la segunda parte de la novela, son amargamente hilarantes. Lo son porque las historias mueven a risa; y aunque el Quijote ve realizado parte de su sueño, la burla perpetrada contra él llega a ser despiadada.

Desde el capítulo 30 hasta el 57 de esta segunda parte, don Quijote y Sancho son acogidos por unos Duques que tenían su residencia en tierras aragonesas. Cervantes no menciona nombre ni lugar donde se ubica el palacio donde residen estos nobles. Sin embargo, Martín de Riquer afirma que estos personajes parecen estar inspirados en don Carlos de Borja y doña María Luisa de Aragón, duques de Luna y Villahermosa, que tenían una residencia en Pedrola.<sup>3</sup>

Los duques ya leyeron la primera parte del *Quijote* cuando conocen al hidalgo y a su escudero. Por lo tanto, ya saben de sus locuras y desatinos; del ingenio del caballero y de los donaires de Sancho. Ricos aristócratas, rodeados de ocio y de servidores, deciden aprovecharse del paso de don Quijote y Sancho para divertirse a sus costillas, “como si hubieran tenido la suerte de encontrar a dos bufones”.<sup>4</sup> Así, el Duque ordena a toda su servidumbre que siga el humor de don Quijote y que se comporte al estilo de las cortes de los libros de caballería.

Don Quijote y Sancho serán tratados con delicadeza, pero no pocas veces con burla feroz por los duques, quienes buscarán por todos los medios hacerles creer que viven en el ambiente de los

<sup>3</sup> Martín de Riquer, *Aproximación al Quijote*, p. 120.

<sup>4</sup> *Loc. cit.*

libros de caballerías. Gracias a su fortuna y a su poder consiguen recrear el mundo caballeresco de lances y aventuras de los antiguos caballeros andantes.

El encuentro con estos aristócratas es casual. Al atardecer del día siguiente de haber cruzado el Ebro encuentran a una bella cazadora, a la que don Quijote hace saludar solemne y cortésmente. Sancho cumple con ese papel, como escudero fiel de su amo. La cazadora, que es la Duquesa, afirma conocer a don Quijote y Sancho por la primera parte de sus aventuras que "anda impresa". Los acoge con grandes muestras de alegría y manifiesta la gracia que le hacen los modales y las ocurrencias de Sancho.

Al lado de los duques don Quijote y Sancho entran por primera vez a un ambiente aristocrático y refinado y conviven con la nobleza. El mundo de venteros, pastores, cabreros, cuadrilleros y labradores es sustituido por el de el lujo palaciego y la suntuosidad de una auténtica corte. Ésta representa el esplendor de algunas casas nobles de principios del siglo XVII que, por su boato, esplendor y apego a la tradición conserva elementos, se asemeja en cierto modo al ambiente medieval descrito en los libros de caballerías.

Ya no es necesario que el caballero manchego se imagine un mundo irreal, pues el que encuentra se ajusta a sus ensueños literarios. Por otra parte, las órdenes del Duque son inapelables: exige a su servidumbre que trate a don Quijote como un caballero andante y que invente trances novelescos.

Así, la urdimbre de la novela está sutilmente trazada. Don Quijote ve su sueño cumplido: los honores que se le deben dispensar a los caballeros andantes. Sólo que éstos se dan mediante la burla. Por eso se dan la mano dos realidades: la de los duques, como engaño para cumplir una fantasía, así sea inconscientemente, y la del hidalgo, quien logra hacer realidad un sueño, aun dentro de una mentira cruel. Y con éstas se dan la mano otras dos realidades: la del novelista Cervantes y la del moro Benengeli. Aquél insiste en mencionar que la historia la cuenta el moro; éste asume su papel de despejo propiciatorio.

Por eso resulta conmovedoramente eficaz la aparición de Altisidora, "atrevida, graciosa y desenvuelta".<sup>5</sup> Ella también toma parte en la burla, en esa representación tan arduamente montada nada más que para burlarse del hidalgo. Por eso respeta las convenciones de la andante caballería; y finge un enamoramiento, si bien literariamente hecho para el escamio, también logra descubrir las debilidades humanas del caballero ante las asechanzas de las dulces liviandades.

De ahí que el artificio del novelista se depure y ofrezca una cuidadosa malicia narrativa. El encuentro de don Quijote y Altisidora está perfectamente urdido, cuidadosamente preparado. Sancho se ha ido a "gobernar" su ínsula, por lo tanto el caballero se ha quedado solo, sin escudero que lo asista. La Duquesa, durante la cena, le ofrece "cuatro doncellas de las mías, hermosas como flores".<sup>6</sup> A lo que don Quijote contesta con gravedad:

—Para mí (...) no serán ellas como flores, sino como espinas que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro; que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad.<sup>7</sup>

La Duquesa, ante esto, no tuvo menos que conceder:

—No más, no más, señor don Quijote. (...) Por mí digo que daré orden que ni aun la mosca entre en su estancia, no que una doncella; no soy yo persona, que por mí se ha de descabalar la decencia del señor don Quijote; que, según se me ha traducido, la que más campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad.<sup>8</sup>

<sup>5</sup> Miguel de Cervantes Saavedra, *op. cit.*, t. II, p. 868.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 775.

<sup>7</sup> *Loc. cit.*

<sup>8</sup> *Loc. cit.*

Se despidió de la Duquesa y entró a sus aposentos solo, pues

—tanto se temía de encontrar ocasiones que le moviesen o forzasen el honesto decoro que a su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta la imaginación en la bondad de Amadís, flor y espejo de los andantes caballeros.<sup>9</sup>

La circunstancia quedó debidamente propicia. El hidalgo, solo en su habitación, lidiando con menesteres propios de su pobreza, escuchó una conversación en la que Altisidora le confesaba a su amigo sus penas de amor. “Yo no sé cantar, sino llorar”,<sup>10</sup> exclama la doncella, como principio de la red de amor. Y más adelante declara:

...no quería que mi canto descubriese mi corazón y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor por doncella antojadiza y liviana. Pero venga lo que viniere, que más vale vergüenza en cara que mancilla en corazón.<sup>11</sup>

Tales (sin)razones de amor surtieron su efecto. Al momento de escucharse los primeros sonidos de un arpa, atropellaron la mente de don Quijote lances semejantes, donde ventanas, jardines, requiebros y desvanecimientos estaban bien documentados en sus libros de caballería. Y se imaginó que una doncella de aquel castillo se había enamorado de él.<sup>12</sup>

Y Altisidora, afinada el arpa, comenzó a cantar un romance en el que descubría sus sentimientos. Tres cuartetas provocan el natural desasosiego en el ánimo del Caballero de la Triste Figura. Cada una cumpliendo los pasos del trance amoroso: el reclamo, la alusión al obstáculo y la presentación de los propios méritos en la ardorosa juventud:

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 776.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 778.

<sup>11</sup> *Loc. cit.*

<sup>12</sup> *Loc. cit.*

Oye a una triste doncella,  
bien crecida y mal lograda,  
que en la luz de sus dos soles  
se siente abrazar el alma.

(...)

Muy bien puede Dulcinea,  
doncella rolliza y sana,  
preciarse de que ha rendido  
a un tigre y fiera brava.

(...)

Niña soy, pulcela tierna;  
mi edad de quince no pasa:  
catorce tengo y tres meses,  
te juro en Dios y en mi ánima.<sup>13</sup>

Y don Quijote cayó en la trampa. Y quién no, podría decir alguien igualmente no avezado en los artificios del amor. Con todas las convenciones de la poesía amatoria y con no poca soma por parte de ella, el romance era el eterno canto de sirenas inauditas. Don Quijote no estaba preparado para resistirlo. Ni quería. Era un caballero andante:

—¡Qué tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire que de mí no se enamore...!<sup>14</sup>

Y en su luminosa fantasía defiende su castidad y su firmeza. No ama más que a Dulcinea y nadie, por hermosa, discreta y virtuosa que sea se le puede comparar. Él sí es capaz de cruzar el "Arco de los leales amadores", como su admirado Amadís. Pero no pudo dormir. A la mañana siguiente, en un encuentro fugaz Altisidora se desmaya. Don Quijote decide desengañarla, pues con León Hebreo sabe que "en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 779 y 780.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 781.

remedios calificados".<sup>15</sup> Así, acude a su vez al recurso de la música. Y pide un laúd para acompañarse un romance, cantado "con una voz ronquilla, aunque entonada", que en un par de estrofas fijaba su posición:

Los andantes caballeros  
y los que en la corte andan,  
requiébranse con las libres;  
con las honestas se casan  
(...)  
La firmeza en los amantes  
es la parte más preciada,  
por quien hace Amor milagros,  
y asimesmo los levanta.<sup>16</sup>

Después la burla se encarniza. Y sucede el episodio de los cencerros y los gatos, que le costó a don Quijote cinco días sin salir de su habitación.

La despedida del hidalgo y su escudero (quien ya había regresado de su aventura como gobernante) se dio en los mejores términos. Don Quijote estaba agradecido, lo mismo que Sancho. Igual los Duques y sus sirvientes, por la diversión continua y desaforada. Pero faltaba el remate de Altisidora. Ésta, por cuenta propia, continúa la burla y le espeta otro romance al hidalgo manchego. En él le reclama y lo denosta dentro de la rancia tradición del poema que exige testimonio. Y completa el número exigiendo unas ligas que, después, confiesa llevar en las piernas.

Es el capítulo 57 y se acabó la diversión para los Duques. Don Quijote seguirá, ya por poco tiempo, su camino. En aquel palacio se quedó Altisidora, joven desenvuelta que provocó en don Quijote un sentido claro de su condición humana. El desasosiego sustituyó, acaso, la aventura que no se vivió. La aventura carnal, desde luego.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 789.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 790.

Pero ella es, quizás, uno de los personajes femeninos más sugestivos de la novela. En la imaginaria realidad atroz que don Quijote vivió en el palacio de los Duques, la promesa del amor le confirió mayor carga de humanidad al más casto enamorado caballero. Y todo por una adolescente llamada Altisidora y sus dulces liviandades apenas sugeridas.

## Bibliografía

- Cervantes Saavedra, Miguel de. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. 2 tomos. Ediciones Folio, España, 2004. 977 pp.
- Riquer, Martín de. *Aproximación al Quijote*. Salvat, España, 1971. 167 pp. (Biblioteca básica, 19)
- Rivas Hernández, Ascensión. *Lecturas del Quijote. (Siglos XVII-XIX)*. Ediciones Colegio de España, España, 1998. 263 pp.
- Rodríguez, Antonio. *El Quijote, mensaje oportuno*. Editorial El hombre en llamas, México, 1970. 168 pp.